

donte el estudio de la religion, le censura de dos cosas: 1.ª de confirmar el uso en que ya se estaba de no leer al pueblo sino trozos separados de la Sagrada Escritura, que se llaman *las Epistolas y los Evangelios*; 2.ª de haber hecho recopilar las *homilias* de los PP., á fin de que los sacerdotes ignorantes pudiesen aprenderlas de memoria y recitarlas al pueblo; uso que contribuyó, dice Mosheim, á mantener la ignorancia y la pereza de un clero muy indigno de llevar este nombre.

Sin embargo, este crítico se ve obligado á convenir en que, atendido al estado de cosas en el siglo VIII, los cuidados de Carlo Magno eran tan útiles como necesarios, y que si no produjeron fruto, fué contra su intencion. *Hist. eccl., VIII siglo, 2.ª part., c. 3, § 5.*

En efecto: ¿que cosa mejor podia hacer Carlo Magno para sacar los ánimos del letargo en que estaban sumergidos? Es falso que los esfuerzos de este príncipe no hayan tenido otro resultado que el de aumentar la ignorancia y la pereza; se prueba lo contrario por el número de hombres instruidos que aparecieron en el siglo IX, inmediatamente despues de la muerte de Carlo Magno. El mismo Mosheim ha citado á Amalario, obispo de Tréveris; á Rabano Mauro, arzobispo de Maguncia; á Agobardo, arzobispo de Lyon; á Hilduino, abad de San Dionisio; á Egiham, abad de Selingstadt; á Claudio de Turin; á Freculfo, obispo de Lisieux; á Servato Lupo; á Floro, diácono de Lyon; á Cristian Druthman, Gotescalc, Pascasio, Radbet, Bertran ó Ratran, monje de Corbia; Ilaymon, obispo de Halberstat; Walafrido Straubon; Hincmaro, arzobispo de Reims; Ilaymon Heric, Regimón, abad de Prum. No se habian visto tantos en el siglo VIII.

Se podia añadir á san Benito, abad de Aniano, en Languedoc; Amolon y Leidrados, arzobispos de Lyon; Jessé, obispo de Amiens; Dungal, monje de San Donisio; Jonas, obispo de Orleans; Halton ó Aiton, obispo de Basilea; Seduño, Ilibernes; Thegan, corepiscopo de Tréveris; Ansegisa, abad de San Vaudrille; Hilduin, abad de San Dionisio; Odon, abad de Corbia y obispo de Beauvais; Eneo, obispo de Paris; Anselmo, monje de Luxeuil; Pedro de Sicilia, Ugelard y Abbon, monjes de San German-des-Prés, etc. Muchos papas, que ocuparon la santa sede durante este siglo, han probado con sus cartas que poseian las ciencias eclesiásticas. No es, pues, verdad que los medios empleados por Carlo Magno para reanimar el estudio de las ciencias hayan sido infructuosos.

Homínícolas. Los apolinaristas dieron en otro tiempo este nombre á los ortodoxos. Como estos sostenian que Jesucristo es defensor de Dios, y los sectarios de Apolinar defendian que el Verbo divino no tomó un cuerpo, ni alma semejante á la nuestra, acusaron á los católicos ó ortodoxos de que adoraban á un hombre, y los llamaban homínícolas. Véase APOLINARISTA.

Homousianos. Homousiastas. Los arrianos dieron este nombre por desprecio á los católicos, que sostenian que el Hijo de Dios es *homousios* ó consustancial á su Eterno Padre. Véase CONSUSTANCIAL. Hunerico, rey de los vándalos, que era arriano, dirigió un rescripto á todos los obispos *homousianos*, y algunos incrédulos modernos afectaron repetir este nombre.

Los arrianos llamaron tambien á los ortodoxos *homuncionatas*, porque admitian en Jesucristo dos naturalezas, divina y humana. Los sectarios de Fotino fueron llamados *humuncionistas*, porque decian que Jesucristo era un puro hombre.

Tambien se dió el nombre de *homuncionistas* á los herejes que sostenian que Dios al criar al hombre le imprimió su imagen, no en el alma, sino en el cuerpo.

Honorario de los ministros de la Iglesia. V. CASUAL.

* **Hopkinsianos.** Samuel Hopkins nació en 1724 en Watemburg, en el Connecticut; muerto en 1803 pastor de la primera Iglesia congregacionalista de Newport, llegó á ser el padre de una secta, á la que dió su nombre, y la cual tiene un colegio en Andover. Hé aqui su doctrina:

Toda virtud, toda santidad consiste en el amor desinteresado. Este amor tiene por objeto á Dios y á las criaturas inteligentes; porque se debe buscar y procurar el bien de estas en cuanto es conforme al bien general, que hace parte de la gloria de Dios, de la perfeccion y de la felicidad de su reino.

La ley divina es la regla de toda virtud y de toda santidad; esta consiste en amar á Dios, al prójimo y á nosotros mismos. Todo lo que es bueno se reduce á esto, todo lo que es malo se reduce al amor propio que tiene á sí mismo por último fin: es una enemistad dirigida contra Dios. De este amor desordenado y de lo que le halaga, nacen como de su manantial la ceguera espiritual, la idolatría y las herejías.

Segun Hopkins, la introduccion de los pecados en el mundo viene á producir un bien general, atendido á que sirve para hacer re-

saltar la sabiduría de Dios, su santidad y su misericordia.

Dios habia dispuesto el mundo moral sobre este plan: que si el primer hombre era fiel, su posteridad seria santa, y si pecaba, vendria á ser culpable. Pecó, y con esto fué, no la causa de nuestra caída, sino la ocasion de que nosotros imitásemos la suya; su pecado no se nos ha trasmidido. Del mismo modo la justicia de Jesucristo tampoco se nos trasfirió, de otra suerte le igualáramos el perdón por la aplicacion de sus méritos. El arrepentimiento, que precede á la fe en Jesucristo, puede existir sin la fe; mas esta supone el arrepentimiento segun las palabras de la Escritura: *Haced penitencia, y creed en el Evangelio.*

La necesidad de los filósofos es casi idéntica á la predestinacion de los calvinistas. La diferencia que hay entre estos y los *hopkinsianos* es como la que hay entre el principio y sus consecuencias. Los *hopkinsianos* desechan la imputacion, y en este artículo difieren de los calvinistas; mas admiten como ellos la doctrina de la predestinacion absoluta, la influencia del Espíritu de Dios para reengendrarlos, la justificacion por la fe, la concordia de la libertad y de la necesidad inevitable.

Hora. Hay una apariencia de contradiccion entre los evangelistas, relativamente á la hora en que Jesucristo fué clavado en la cruz. S. Marcos, xix, 25, dice que fué á la hora de terciá, y S. Juan dice que fué á la de sexta, xix, 14. ¿Cómo conciliar estas dos narraciones? Los incrédulos han metido mucho ruido con ellas.

Desde luego es cierto que los judios dividian el día en doce horas, y que las contaban desde la salida del sol hasta su ocaso. *Jean.*, xi, 9, dice Jesucristo que hay doce horas de día. *Mat.*, xx, se hace mencion de los jornaleros que el padre de familia envia á trabajar á su viña muy temprano, á la hora de terciá, á la de sexta, á la de nona y hacia la undécima. Estas horas, pues, eran mas largas ó mas cortas, segun el mas ó menos tiempo que el sol estaba sobre el horizonte. Mas como Jesucristo murió inmediatamente despues del equinoccio de la primavera, las horas entonces eran poco mas ó menos iguales á lo que son segun nuestra manera de contarlas, y el día empezaba á las seis de la mañana. Los judios, además, dividian el día en cuatro partes, de las cuales llamaban á la primera, *la hora terciá*; á la segunda, *la hora sexta*; á la tercera, *la hora*

nona, y á la última, *la hora duodécima*; y cada una de estas partes estaba marcada por la oracion, ó por un sacrificio ofrecido al templo.

Pero comparando la relacion de los cuatro evangelistas, se ve que á la hora de terciá, ó sea á las nueve de la mañana, fué Jesus entregado á los judios para ser crucificado. Así lo entendió S. Marcos cuando dijo que era *la hora de terciá*, y que ellos le crucificaron, es decir, que se prepararon á crucificarle. S. Juan no dijo que era *la hora sexta* cuando Pilatos entregó á Jesus á los judios, sino que era *cerca de la hora sexta*, porque iba á comenzar. Los otros tres evangelistas están acordes en suponer que Jesus fué clavado en la cruz á la hora sexta, ó sea al medio día; dicen que la Judea se cubrió de tinieblas desde la hora sexta hasta la de nona, ó sea hasta las tres de la tarde, y que entonces Jesus, despues de haber dado un fuerte grito, espiró.

De aqui resulta solamente que los judios no se expresaban con tanta prevision como nosotros, y que los evangelistas no se esmeraron en guardar una exactitud minuciosa.

HORAS CANONICAS. Oraciones que se hacen en la Iglesia católica á ciertas horas, ya de día, ya de noche, y que han sido arregladas y prescritas por los antiguos cánones en número de siete; á saber: maitines y laudes, prima, terciá, sexta, nona, visperas y completas.

Esta serie de oraciones se llamaba en otro tiempo el curso, *curso*. El P. Mabillon compuso una disertacion sobre el modo con que se desempeñaba este deber en las Iglesias de las Galias, y la tituló de *Cursu gallicano*: se hallará á continuacion de su obra de *Liturgia gallicana*. Observa que el oficio divino en los primeros siglos no era del todo uniforme en las Iglesias de las Galias, aunque poco á poco llegó á ser el mismo en todas ellas; que este uso de orar y de alabar á Dios muchas veces al día y á la noche fué siempre mirado como un deber esencial de los clérigos y de los religiosos.

En efecto, S. Cipriano, hacia el fin de su libro de *Orat. Dom.*, observa que los antiguos adoradores de Dios tenian ya costumbre de orar á la hora de terciá, sexta y nona; y es cierto además que los judios distinguian las cuatro partes del día por medio de la oracion y de los sacrificios. S. Cipriano añade: Pero además de estas horas, observadas en toda la antigüedad, se aumentaron entre los cristianos la duracion y los misterios de la ora-

cion... Es preciso rezar á Dios por la mañana, por la tarde y por la noche. Ya habló Tertuliano de todas estas diferentes horas en su obra de *Jejunio*, c. 10, etc., *Orig. de Oracione*, n. 42; S. Clemente de Alejandría, *Strom.*, l. 7, c. 7.

Según la observación de muchos autores, el primer decreto que se conoce sobre las horas canónicas es el art. 24 de un capitular dirigido en el siglo IX por Heyton ó Aytón, obispo de Basilea, á los eclesiásticos de su diócesis. Dice que los presbíteros no faltarán á las horas canónicas del día, ni de la noche. Pero esto no prueba que el obispo de Basilea hiciese una nueva institución: solamente advertía á los presbíteros, singularmente á los curas, que las demás funciones no los dispensaban de las horas canónicas, igualmente que á los otros clérigos. Bingham trata de averiguar el origen de esto, y se empeña en que principiaron en los monasterios de Oriente, y que poco á poco fueron introduciéndose en las otras Iglesias. Parece mucho más probable que este uso hubiese principiado en las Iglesias mayores en que había un clero numeroso, y fué imitado después por los monjes: se puede asegurar por lo menos que lo contrario no puede probarse positivamente. Bingham confiesa que S. Jerónimo, en sus cartas *á Leta* y *á Demétrades*, y el autor de las *Constituciones apostólicas*, hablan de este uso; por consiguiente estaba ya establecido á fines del siglo IV.

Pero el pretendo que se introdujo más tarde en las Iglesias de las Galias; que en ellas no se ve ningún vestigio de las horas canónicas antes del siglo VI, y que aun es más reciente su uso en las Iglesias de España. Sin embargo, Casiano, que vivía en las Galias á principios del siglo V, compuso un tratado sobre el canto y las oraciones nocturnas: dice que en los monasterios de las Galias se repartía el oficio diurno en cuatro horas: á saber, prima, tercia, sexta y nona, y hace también mención del oficio nocturno en la vigilia de los domingos. Véase Oficio diurno. Las diferentes horas canónicas se componen de salmos, cánticos, himnos, lecciones, versículos, responsorios, etc. Como todos estos oficios se hacen en público, nadie ignora el método que en ellos se observa, ni la variedad que en ellos se halla en proporción de los tiempos, días y festividades.

En las catedrales y colegiatas y en los mas de los monasterios de ambos sexos, estas horas se cantan todos los días: en las otras iglesias solo se cantan los días de fiesta y se rezan en los días de trabajo. Todos los cléri-

gos que están ordenados *in sacris*, ó en posesión de algún beneficio, todos los religiosos, excepto los hermanos legos, están obligados á rezarlas en particular cuando no lo verifican en el coro.

Los maitines, que son la primera parte del oficio canónico, se cantan ó se rezan á la tarde ó á media noche, ó á la mañana: por eso se llamaron *vigiliae*, *officium nocturnum*, y después *horæ matutinae*. En los primeros siglos de la Iglesia, mientras duraron las persecuciones, los cristianos se vieron en la precisión de tener sus reuniones y celebrar la liturgia por la noche y con mucho secreto. Esta costumbre continuó después singularmente en la víspera ó vigilia de las grandes fiestas, y aun se observa en nuestros días en la noche de la Natividad del Señor. Muchas órdenes religiosas y algunos cabildos catedrales, como el de París, principian maitines todos los días á media noche.

En las *Constituciones apostólicas*, l. 8, c. 34, hay una exhortación general que habla con todos los fieles para que recen por la mañana las horas de tercia, sexta y nona; y por la tarde, y al canto del gallo, asistan al rezo divino. Un concilio de Cartago del año 308 en el cánón 49 manda, que un clérigo que no asista á las vigiliass, fuera del caso de enfermedad, sea privado de su honorario. S. Juan Crisóstomo, S. Basilio, S. Epifanio y otros muchos PP. griegos del siglo IV hacen mención del oficio divino de la noche que celebraban en el Oriente: muchos citan el ejemplo de David, que dice en el salmo 148: «Me levanto á media noche para dirigirme mis alabanzas... Os alabé siete veces al día.» Casiano, de *Cant. noct.*, dice que los monjes de Egipto rezaban por la noche doce salmos, y añadían dos lecciones sacadas del nuevo Testamento.

Dicen que esta parte de la oración pública se introdujo en Occidente por S. Ambrosio, durante la persecución que le suscitó la emperatriz Justina, protectora de los arrianos; pero los pasajes que hemos citado de Tertuliano y de S. Cipriano nos parece que prueban que este uso estaba ya introducido en Africa antes de S. Ambrosio, y no es probable que se descurdase en admitirle la Iglesia de Roma. S. Isidoro de Sevilla, en su *Libro de los oficios eclesiásticos*, llama el de la noche *vigiliass* y *nocturnas*, y los que nosotros llamamos al presente *laudes*, los llama *el maitines*.

De estas observaciones resulta, que el orden y la distribución del oficio nocturno no fueron siempre como son en el día, ni el modo de celebrarle es absolutamente el mismo en

tre los griegos y latinos. Se principió á rezar ó cantar los salmos, después añadieron lecciones sacadas del antiguo ó nuevo Testamento, un himno, un cántico, antífonas, responsorios, etc. Sin embargo, en la regla de S. Benito, que se escribió á principios del siglo VI, se ve que había ya mucha semejanza entre el oficio nocturno de aquel tiempo y el de nuestros días.

En el oficio de los domingos y fiestas se dividen regularmente los maitines en tres nocturnos, compuestos cada uno de tres salmos y de otras tantas antífonas y lecciones, precedidas estas de una bendición y seguidas de un responsorio cada una. En la semana de Pascua y días de feria se dice un solo nocturno: después del último responsorio se canta ó se reza el himno ó cántico de *Te Deum*, y se principian las laudes, que son otra parte del oficio nocturno, que nunca se separa del anterior sin necesidad. Se componen de cinco salmos, y el cuarto es siempre un cántico de la Sagrada Escritura; de un capítulo, que es una lección muy corta; de un himno, del cántico de Zacarías, y de una ó muchas oraciones.

Los incrédulos, censores natos de todas las prácticas religiosas, preguntan que para qué sirve el levantarse de noche, tocar las campanas, cantar y rezar mientras que todo el mundo está durmiendo. Sirve para recordar á los hombres que Dios debe ser adorado en todos tiempos, y para mostrarles que la Iglesia no pierde nunca de vista las necesidades de sus hijos; que vela mientras ellos duermen, y se ocupa de su felicidad, como la madre mas tierna; que pide perdón á Dios de los desórdenes de la noche, igualmente de los que se cometen por el día. Nuestros epicéretos modernos notemen interrumpir el sueño de los infelices con el tumulto de los placeres ruidosos á que se entregan durante una parte de la noche.

La hora de prima es la primera del oficio del día, se atribuye su institución á los monjes de Belen, y Casiano hace mención de ella en sus *Instituciones de la vida monástica*, libro 3, cap. 4. Este oficio le llama *solemnitas matutina*, porque se decía al amanecer ó á la salida del sol; esto mismo nos lo enseña el himno que comunmente se atribuye á S. Ambrosio, y empieza *Jan lucis orto sidere*, etc. Casiano la llama tambien *novella solemnitas*, porque era una práctica entonces muy reciente, y añade que pasó bien pronto de los monasterios de Oriente á los de las Galias.

Esta parte del oficio divino es la mas variada en los breviarios de las diversas diócesis; se dicen en ella tres salmos después de un him-

no; con alguna frecuencia se suele decir el símbolo de S. Atanasio, un capítulo, un responsorio, proces y una oración; se hace en ella la lectura del Martirologio y del Necrologio, después un *De profundis* y una oración por los difuntos: se le añaden muchas veces algunos versículos que se sacan de los libros sagrados, y la lectura de un cánón sacado de los concilios ó de los santos PP., pero todo esto no se observa todos los días, ni en todos los lugares. Bingham, *Orig. eccl.*, l. 3, l. 12, c. 9, § 10.

En cuanto á las horas de tercia, sexta y nona, que se llaman horas menores, parecen de una institución mas antigua: los santos PP. que hablaron de ellas dicen, que son relativas á varios misterios que fueron cumplidos en estas diferentes partes del día, singularmente á las circunstancias de la pasión del Salvador. Se componen uniformemente de un himno, de tres salmos, un capítulo, un responsorio y una oración.

La hora de vísperas ó de la tarde se llama *duodécima* en algunos autores eclesiásticos, porque la rezaban al ponerse el sol, por consiguiente, á las seis de la tarde en tiempo de los equinoccios. En las *Constituciones apostólicas*, l. 2, c. 39, se manda rezar á vísperas el salmo 140, *Domine, clamavi ad te, exaudi me*, etc., y en el l. 8, c. 33, este salmo se llama *lucernalis*, porque muchas veces se solía decir á la luz de las lámparas. Casiano dice que los monjes de Egipto rezaban á vísperas doce salmos y dos lecciones, una del antiguo y otra del nuevo Testamento, y hay muchos monumentos que prueban que se hacia lo mismo en las Iglesias de Francia. En el día solo se componen de cinco salmos, un capítulo, un himno, el cántico de *Magnificat*, antífonas, y de una ó muchas oraciones. No se sabe el tiempo en que fueron instituidas las completas. El cardenal Bona, de *divina Psalmodia*, c. 11, prueba contra Belarmino que esta parte del oficio divino no se usaba en la Iglesia primitiva, y que de ella ningún vestigio se halla entre los antiguos. El autor de las *Constit. apostol.* habla del himno de la tarde, y Casiano del oficio de la tarde que usaban los monjes de Egipto; pero esto puede entenderse de las vísperas. En cuanto á lo que dice S. Basilio, *Regul. jusius tract.*, *quest.* 37, nos parece indicar con bastante claridad las siete horas canónicas; así, nada podemos asegurar de cierto contra la antigüedad de las completas. Los griegos llaman á este oficio *apodisma*, porque le rezan después de la cena: distinguen la pequeña *apodisma*, que se dice todos los días, de la gran

apodipna, que es solo para la cuaresma.

En la Iglesia latina, el oficio de completas se compone de tres salmos, una antifona, un himno, un capítulo, un responso, el cántico de Simeon, y de una colecta u oración: los días ordinarios se añaden á estas unas preces semejantes á las de prima, y en las mas de las Iglesias se acaban con una antifona y una oración á Nuestra Señora.

Los autores ascéticos están persuadidos de que las siete *horas canónicas* aluden á las siete principales circunstancias de la pasión y muerte del Salvador, segun se explican en los versos siguientes:

Matutina licet Christum qui crimina solvit,
Prima replet spūs, causam dat, Tertia morit.
Sexta cruci necit, latas ejus Nona bigerit,
Vespera deponit, tumulo Completa reposit.

De toda esta descripción se infiere con evidencia que el oficio divino, exceptuando los himnos, las lecciones sacadas de los santos PP. y las leyendas de los santos, se componen totalmente de oraciones y trozos sacados de la Sagrada Escritura; que así este libro divino es muy familiar á un eclesiástico fiel en rezar su breviario con atención y devoción, y que por poca inteligencia que tenga, no puede ser muy ignorante. V. OFICIO DIVINO.

Horno. V. NIÑOS EN EL HORNO.

Horologio. Libro eclesiástico de los griegos, que les servía de breviario, y llamado así porque contiene el oficio de las horas canónicas del día y de la noche. Como necesitaban muchos libros diferentes para cantar su oficio en tiempo de Clemente VIII, Arcadio, sacerdote griego de la isla de Corfú, que había estudiado en Roma, reunió de todos sus libros un oficio completo en un solo volumen, á fin de que pudiese servirles de breviario; mas los griegos le desearon: solamente fué adoptado por algunos monjes griegos que no están distantes de Roma y obedecen al papa.

Hosanna. Los judíos llaman así una oración que rezan el día cuarto de la fiesta de los tabernáculos; es una palabra que quiere decir *salvados, conservados*.

El rabino Elias dice que los judíos dan también el nombre de *hosanna* á las varas de sauce que llevan en la mano, porque cantan con frecuencia el *hosanna* dando vueltas á estas varas.

Los judíos que reconocieron á Jesucristo por el Mesías, y le recibieron como tal cuando entró en Jerusalem ocho días antes de la Pascua, gritaban diciendo: *Hosanna, conservados ó salvados, Hijo de David.* S. Mateo, xxi, 9. Crocio, en su comentario sobre este capítulo, observa que la fiesta de los tabernáculos entre los

judíos no se destinaba solamente á recordar la memoria de su salida de Egipto, sino también á manifestar la esperanza del Mesías; que aun ahora, cuando llevan los ramos, dicen que desean celebrar esta fiesta á la venida del Mesías que están aguardando, de donde infiere que el pueblo, en el hecho de llevar ramos delante de Jesucristo, aseguraba que era realmente el Mesías. R. Simon, *Supplém. aux cérémon. des Juifs*.

Hospital. Casa destinada á recibir los pobres y enfermos, en la cual se les dan por caridad todos los auxilios espirituales y temporales. También se llaman *Palacio de Dios (Hôtel-Dieu)*, y *Casa de Dios (Maison-Dieu)*. Estos establecimientos son obra de la caridad y de la religión, y debe permitírseles tomar su defensa contra la censura indiscreta de nuestros filósofos políticos.

Desde los primeros siglos del cristianismo, dice el abad Fleury, se destinó una parte considerable de los bienes de la Iglesia á la fundación y conservación de *hospitales* para las diferentes especies de miserables. La política de los griegos y romanos entraba bien en desterrar la holgazanería y la mendicidad de los que estaban sanos. Pero no se ve entre ellos ley alguna de buen gobierno para cuidarlos de los miserables que no podían prestar ningún servicio. Les parecía mejor dejarlos morir de hambre que mantener inútiles á los que padecían, y si tenían un poco de valor solían matarse á sí mismos. Los cristianos, teniendo principalmente á la vista la salvación de las almas, ninguna despreciaban, y los hombres mas abandonados eran los que juzgaban mas dignos de sus principales atenciones. No solamente alimentaban á sus pobres, sino también á los de los paganos. Juliano el Apóstata estaba en este punto lleno de confusión, y hubiera querido que á ejemplo de los cristianos se estableciesen *hospitales* y contribuciones para los pobres; pero una caridad fundada solamente en la política nunca produjo grandes efectos.

Tan pronto como la Iglesia se vió libre, fueron construidas diferentes casas de caridad, y tuvieron distintos nombres, segun las distintas clases de pobres. La casa donde se alimentaban los niños expósitos se llamaba *brephotrophium*; la de los huérfanos, *orphnotrophium*; la de los enfermos, *nosocorium*; la de los extranjeros, *xenodochium*; esta era la que se llamaba propiamente *hospital* ó casa de *hospitalidad*. El hospital que recogía á los viejos se llamaba *gerontochium*, y el que servía de asilo general para toda clase de pobres se llamaba *plethotro-*

phium. Bien pronto hubo casas de caridad en todas las grandes ciudades. « Los obispos, dice S. Epifanio, por su caridad con los extranjeros, acostumbran á fundar estos establecimientos, en los cuales colocan á los impossibilitados y enfermos, y hacen lo posible por proporcionarles la subsistencia. » *Heret.*, 73, n. 1. Regularmente era un presbítero quien se encargaba de su dirección, como en Alejandría S. Isidoro en tiempo del patriarca Teófilo, en Constantinopla S. Zólico, y despues S. Sanson. Había particulares ricos que sostenían *hospitales* á sus expensas, y servían personalmente á los pobres, como S. Pamaquio en Porto, y S. Galicano en Ostia.

Los santos obispos no perdonaban ningún sacrificio para esta clase de gastos: cuidaban de que se diese sepultura á los pobres, y de que se rescatasen los cautivos que caían en poder de los bárbaros, como sucedía con bastante frecuencia al decaer el imperio romano. Vendían hasta los vasos sagrados para cubrir las limosnas de esta especie: de esta manera obraron S. Exuperio de Tolosa y S. Paulino de Nola. También pagaban el rescate de los siervos ó esclavos del imperio, singularmente si habían recibido el bautismo, y si sus dueños eran judíos ó paganos. *Costumbres de los cristianos*, § 31.

Si no vemos *hospitales* establecidos en Francia en los principios de la monarquía, es porque entonces cuidaban los obispos de los pobres y de los enfermos. Se les habia mandado en muchos concilios que visitasen á los presos, á los pobres y á los leprosos, y les proporcionasen alimentos y medios de subsistencia. Desde el principio de la Iglesia el palacio episcopal fué siempre el asilo de los pobres, de las viudas, de los huérfanos, de los peregrinos ó extranjeros; el cuidado de recibirlos, de lavarlos los pies, y de servirles á la mesa fué siempre una de las principales ocupaciones de los eclesiásticos, y en rigor los monasterios eran regularmente *hospitales* en que todos los pobres eran recibidos y auxiliados.

En los infelices tiempos que siguieron á la caída de la familia de Carlo Magno, se vieron los pobres casi abandonados. ¿Cómo hubieran sido socorridos por los clérigos que apenas podían subsistir? ¿Dónde hubieran encontrado limosnas en un tiempo en que se veían hambres tan horrorosas, que llegaron algunos á alimentarse con carne humana? El comercio no estaba en libertad para suplir la escasez de un país con la abundancia de otro; las Iglesias apenas tenían vasos sagrados;

los concilios prohibieron entonces á los presbíteros el uso de cálices de vidrio, de cuerno, de madera ó de cobre, y permitieron que los usasen de estaino. Es verdad que las Iglesias habían tenido grandes patrimonios, pero eran presa de los principes y señores que estaban siempre con las armas en la mano. Estos pecadores tiranos se apoderaban violentamente con frecuencia de los obispos, ó colocaban en ellos á mano armada á uno de sus hijos de tierra adentro. Por lo mismo fué preciso esperar otros tiempos mas felices para fundar nuevos *hospitales* ó restablecer los antiguos; las enfermedades contagiosas que reinaron en los siglos XIII y XIV hicieron absolutamente necesarios estos piadosos asilos: los sofísticos disertadores del día juzgan que llegaron á ser perniciosos. Si en la peste negra del año 1348 no hubiese habido *hospital* en Paris, ¿qué hubiera sido de los pobres y enfermos, cuando era preciso enterrar diariamente quinientos?

Se sienta por principio que sería mas útil prevenir la miseria y disminuir el número de los pobres, que el prepararles asilos. Sería sin duda mas útil, si esto fuese posible; deberían pues estos especuladores indicar los medios para poner en ejecución tan raro proyecto. Hay muchos hombres que por desgracia nacieron con poca inteligencia, poca actividad y menos industria; no son capaces sino de trabajos de poco interes, porque, con perdón de nuestras costumbres, los talentos mas frívolos son los que están recompensados. ¿Qué conocimientos pueden tener unos hombres entregados á sí mismos desde la infancia, que solo se ocuparon en guardar rebaños y cuidar de animales? Luego que llega á faltarles el trabajo diario, ó les acomete una enfermedad, quedan reducidos á la miseria: otros, por el exceso del trabajo, se envejecen y enferman antes de llegar á una edad avanzada; muchos nacen perezosos, sin prevision ni aliento. Es verdad que estos son culpables, pero al fin son hombres; fueron desgraciados por naturaleza, y no merecen que se les trate como á presidiarios condenados por sus crímenes, ni como los romanos trataban á sus siervos viejos ó enfermos, á quienes enviaban á una isla del Tiber, dejándolos allí morir de hambre.

Dicen que el trabajo y la economía deben proporcionar al hombre recursos para en adelante; esto es cierto cuando su trabajo es lucrativo y le proporciona bastante para subsistir y ahorrar; pero cuando apenas le proporciona un alimento grosero y tiene una numerosa familia que mantener, padres viejos y

enfermos que aliviar, ¿qué ahorros podrá hacer para el futuro? La inacción necesaria en algunos días, un accidente, una enfermedad bastan para absorberlo todo.

Añaden que se debe castigar á los pobres perezosos y robustos, y emplearlos en los trabajos públicos. Esto puede practicarse en las ciudades; pero en las aldeas ni hay trabajos públicos, ni oficiales de policía. Aun en las ciudades los sueldos de los empleados que serían necesarios para obligar al trabajo á los perezosos, serían mas gravosos que la subsistencia de estos miserables; ¿y dónde podríamos ponerlos si no hubiera *hospitales*? ¿Qué sería de tantos jornaleros que desde las provincias vienen á trabajar á Paris, si casualmente no hubiera establecimientos de caridad prontos á recogerlos?

Es muy conveniente que los *hospitales* se coloquen fuera de los pueblos; que los enfermos no estén en ellos á montones; que no se infesten unos con otros, y que los verdaderos pobres sean en ellos mejor tratados. Pero habiéndose aumentado las poblaciones, se encuentran en su interior los edificios que antes estaban fuera de su recinto, y un *hospital* no se traslada con la misma facilidad que un coche. Cuando sobreviene una epidemia y se aumentan considerablemente los enfermos, entonces se ve la falta de todas las precauciones; mas todavía es un mal menor el que está mal cuidado que el que estuvieran absolutamente abandonados. En las plazas fuertes no se pueden colocar fuera de las murallas los *hospitales* para la cuarentena.

Censúrense como se quiera los abusos que se notan en la administración de estos establecimientos, nosotros no nos oponemos á esta censura; pero es un hecho innegable, que los *hospitales* menos ricos y mas pequeños son siempre los mejor gobernados; que cuando son dirigidos por religiosos ó religiosas, y administrados por caridad, están mucho mejor que por empresa, ó por directores á sueldo: la policía mas vigilante no será capaz de hacer jamás lo que hace la caridad cristiana.

Acabamos de adquirir una prueba muy reciente de la verdad de este aserto. Un sabio de la academia de las ciencias, enviado por el gobierno á examinar los *hospitales* de Inglaterra, dice á su vuelta en una memoria las palabras siguientes: *Retina una policía muy exacta en aquellos establecimientos; pero faltan dos cosas en ellos, nuestros curas y nuestros hospitalarios.*

Algunos especuladores se empeñaron en que todos los *hospitales* deberían estar suje-

tos á una oficina general para poder tomar lo superfluo de unos, y cubrir con ello las necesidades de los otros: el soberano, dicen, debe ser el tesoro general de sus vasallos. ¡Falsa política! El gobierno es bastante sabio para no adoptarla. 1.º Seria preciso saber si hay en el reino algunos *hospitales* que tengan renta sobrante. 2.º Es un desatino querer sobrecargar al gobierno, abrumado ya por las necesidades, por la inquietud ambiciosa y por locas pasiones de veinte y cinco millones de almas. 3.º Este plan se sigue ya en parte en los *hospitales* militares, y está probado por visitas auténticas que no son los mejor administrados. 4.º ¿Dónde hemos de colocar esta oficina general? En la corte sí, duda. Y cuando sobrevenga alguna necesidad urgente no la sepan los comisarios, se retunan, deliberan y calculen para enviar socorros donde son necesarios, ya deben haber perecido todos los enfermos. 5.º Por mucho que el gobierno redoble su vigilancia, forme planes, y tome las medidas mas sábias, sería siempre engañoso y desconectado por las de los subalternos. Buenos religion y costumbres, entonces serán puras todas las administraciones.

Declaman contra el lujo de los edificios y los gastos superfluos de los *hospitales*: pueden haberlos; pero al fin, á pesar de todos los abusos, las casas de caridad siempre son el santuario de la virtud, el honor de la religion y de la humanidad.

Si se computase el coste de las buenas obras, y lo que se ganaria en suprimirlas, todo estaria perdido. Suprimáncese los gastos de los espectáculos, de los placeres seductores, de los talentos frívolos, y tendreis sobrante para mantener los *hospitales*; pero esta economia no es del gusto de nuestros políticos anticristianos.

Es muy singular que, al paso que censuran la caridad de los cristianos, nos ponderen la de los turcos; puede ser que no tarden en proponernos por modelo la de los indios, que tienen *hospital* para los animales, y no para los hombres. Nos citan el ejemplo de los ingleses que proveen á las necesidades públicas por medio de asociaciones libres. Pero no debían ocultar que, además de estas asociaciones, hay en aquel pais una gran suma destinada para los pobres, que esta contribucion es forzosa, y que llegó á hacerse insostenible. Por un esado remitido al gobierno de Inglaterra se prueba, que la totalidad de sumas exigidas para el alivio de los pobres de este reino en el espacio de veinte años

asciende á ciento setenta y tres mil libras esterlinas cada año. La mitad de esta suma sería mas que suficiente para sostener á todos los verdaderos pobres, y el sobrante podría destinarse á beneficio del público. El gobierno se ocupa en los medios de libertar á la nacion de una carga de esta naturaleza, que en algunas parroquias equivale á un diezmo duplicado. *Mercurio de Francia de 18 de febrero de 1786; Diario político, p. 422.* Esto es lo que ganaron los ingleses cambiando en suma forzosa las limosnas voluntarias que podian servir de mérito delante de Dios. Tambien erigieron en Londres un *hospital* para los inválidos, en particular para los marineros y para los locos; y para él tomaron el modelo de nuestro pais. Los ingleses juiciosos, que vieron el hospicio de niños expósitos en Paris, se lamentaron de no tenerlos semejantes en su reino.

Tambien conviene observar que los mas de los *hospitales* de Paris y de toda la Francia fueron fundados, edificados y arreglados por magistrados, célebres por sus luces y su experiencia: sin duda podian pesar mejor las ventajas y los inconvenientes que unos hombres que nada vieron, nada hicieron y nada gobernaron; que creen reformar el universo desde su gabinete, y que quisieran destruirlo todo, porque no son bastante sabios para corregirlo y perfeccionarlo.

« Si uno de vuestros hermanos cae desgraciadamente en la pobreza, dice el Señor á los judios, no endurezcáis vuestros corazones, sino alargadle vuestra mano, y prodigadle vuestros socorros.... Habrá siempre pobres entre vosotros; por eso os mando que los auxiliéis, y les deis benigna acogida como á vuestros hermanos. » *Deuteron.*, xv, 7 y 11. « Hijo mio, no niegues la limosna al pobre, no apartes de él tus miradas, ni desprecies su miseria; no le hagas mas amarga su indigencia por tus desvios, ni le des motivo á maldecirte; porque el Señor oirá sus quejas, y condescenderá con los votos que el pobre hiciere contra ti. » *Eclesiástico*, iv, 6. Jesucristo renovó esta moral. « Haced bien, dice, á las mismas que no lo merecen, para que os asemejéis á vuestro Padre celestial, que hace salir el sol, y que alumbra á los buenos y á los malos, y que el rocío caiga sobre los justos y pecadores. » *San Mateo*, v, 43. Estas lecciones valen sin duda mucho mas que los discursos vanos de los filósofos y todas sus especulaciones. V. LIMOSNA.

De todos los *hospitales* de la Europa, el *Hôtel-Dieu* de Paris es el mas célebre por su antigüedad, sus riquezas, su gobierno y el

número de sus enfermos. Todo cuanto pudieron reunir los historiadores mas exactos se reduce á probar que esta casa de caridad existia antes de Carlo Magno, por consiguiente, antes del año de 814. El octavo concilio de Paris, celebrado en el de 829, mandó que el diezmo de todas las tierras cedidas á los canónigos de Paris por el obispo Ineado se entregase al *hospital de San Cristobal*, en el cual ejercían los canónigos su caridad con los pobres. En el año 1002 cedió el obispo de Paris á los canónigos todos sus derechos sobre este *hospital*, y esta cesion fué confirmada en el año de 1007 por una bula de Juan XVIII. Por consiguiente, el cabildo de Paris estuvo siempre en posesion de la administracion espiritual de este piadoso establecimiento, aunque cambió muchas veces el gobierno temporal.

El P. Helyoi nos enseña, que en 1217 y en 1223 habia en este *hospital* treinta y ocho religiosos y veinte y cinco religiosas para su servicio. No se sabe á punto fijo en qué tiempo fueron suprimidos los religiosos; en el dia no hay en él mas que religiosas, y le prestan el servicio espiritual algunos sacerdotes bajo la inspeccion del cabildo. En el año de 1348 sobrevino la peste negra, que consumió casi las dos terceras partes de la poblacion de Europa, y entonces estas virtuosas mujeres llevaron hasta el heroismo su caridad con los enfermos. La multitud de las que perecieron asistiéndolos no disminuyó el aliento de las que por milagro se libertaron: fué preciso renovar muchas veces su comunidad; pero ellas arrojaron con serenidad la muerte todo el tiempo que duró el contagio. En 1630 fueron reformadas estas religiosas y puestas en el plé que conservan en el dia: llevan hábito blanco con velo y manto negro: su número regular es el de ochenta. *Observaciones sobre Paris por M. Jaillot; Historia de las órdenes religiosas, t. 3.*

Sin duda es muy digno de admiracion el celo y caridad con que estas virtuosas mujeres cuidan de los enfermos mas asquerosos: en este establecimiento nada se niega, ni á nadie se disgusta; este es el asilo general de la pobreza desvalida. Se ven en él personas del mas distinguido nacimiento que se ocultan á los ojos del mundo para partir con las religiosas los oficios caritativos de su estado: solo la religion puede inspirar este heroismo, que no hay un ejemplo antes de la publicacion del Evangelio, ni fuera del cristianismo.

Durante el incendio de este *hospital*, acaecido el año de 1772, nadie pudo ver sin edi-

ficarse ni sin entremecerse al arzobispo de París, al clero secular y regular y á los mas distinguidos magistrados acudir para salvar á los enfermos y hacerlos conducir á la iglesia catedral: el templo del Señor se convirtió en refugio de los pobres enfermos, y las acciones de gracias de estos infelices, por haber escapado del peligro, se reunieron á los cánticos y alabanzas de los ministros de los altares. V. HOSPITALARIOS, HOSPITALARIAS.

Sin embargo del estado actual de tan célebre establecimiento toman ocasion nuestros críticos para desacreditar todos los hospitales. Pintan con el estilo mas enérgico el mal que de ellos resulta: acumulados en ellos los enfermos á tres y á cuatro mil, y acaso cuatro en cada cama, el trabajo, la infección, el contagio á que están expuestos, la muerte que les entra, digámoslo así, por todos los sentidos, la pretendida caridad, dicen, que así los trata, ¿no debe llamarse mas bien crueldad? ¿No valiera mas que los enfermos fuesen cuidados en el seno de su familia por sus parientes, sus amigos y sus vecinos, y que hubiese para esto oficinas y depósitos en todas las parroquias?

Permitasenos hacer algunas reflexiones sobre este punto: 1.º Todos estos inconvenientes, verdaderos ó exagerados, provienen evidentemente de la enorme extension y de la poblacion excesiva de la ciudad de París, y por lo mismo no pueden aplicarse á los demás pueblos: no se notan en el gran hospital de la ciudad de Lyon, aunque es el mayor de todos despues del de París, y aun menos en los de las demás ciudades de Francia. Es un desatino juzgar de todos los hospitales por los inconvenientes de uno solo, y calumniar la caridad de nuestros padres, porque no previeron que París llegaría á ser con el tiempo el abismo de la especie humana.

2.º Muchos enfermos del hospital de París son extranjeros y artesanos que vinieron de las provincias, y que no tienen familia ni habitación fija. En los mas de los barrios de París, maridos y mujeres caen separadamente su vida: si el uno cae enfermo, el otro está en la imposibilidad de cuidarle ó de pagar quien le asista. Muchos apenas tienen una mala cama, y unos miserables arapos para cubrirse. Si no hubiese hospital, ¿adónde recurrirían en sus dolencias? Se gastaría el doble en curarlos, y una parroquia nunca querría encargarse de los enfermos de otra.

3.º Que se multipliquen cuanto sea posible los hospicios particulares, las casas de caridad y los depósitos de limosnas, etc., no habrá una cosa mejor; serán otros tantos

recursos que servirán de alivio al hospital general. Pero será siempre este establecimiento de una necesidad tan indispensable, como los hospitales militares en las ciudades de guarnición. Aplaudimos francamente los proyectos de que en la actualidad se ocupa el gobierno para proveer al mejor trato de los pobres enfermos; pero ningún caso haremos nunca de las diatribas con que se pretende demostrar, que generalmente todos los hospitales son una institucion pública mal entendida, y que los fundadores no tenían sentido comun. Nada nos parece mas lastimoso que el entusiasmo de los periodistas y escritores que creen pagar con sus frases el tributo que todos debemos á la humanidad afligida, y que no quisieran escasear de sus placeres un solo escudo para socorrer las dolencias del desvalido.

Hospitalarias. Religiosas que se consagran al servicio de los enfermos, de los pobres y de los niños expositos, ó abandonados, etc. Un filósofo de nuestros dias, que no eran en aquellos momentos de razon que no eran en él muy comunes, dijo: «No hay en el mundo una cosa mas grande que el sacrificio que hace un sexo delicado de su belleza, de su juventud, muchas veces de su distinguido nacimiento y de su alta fortuna, por aliviar en los hospitales el cúmulo de todas las miserias humanas, cuya vista humilla tanto nuestro orgullo, y ofende á nuestra delicadeza. Los pueblos separados de la comunión romana no imitan sino imperfectamente una caridad tan generosa.» *Essai sur l'Hist. génér.*, t. 4, en 8.º, c. 133.

Asombra solo el pensar en la multitud de hospitalarias de toda especie que hay solo en la ciudad de París. El hospital general, ó de la Salpêtrière, el Hotel-bien, las casas de la Piedad, de la Misericordia, de la Providencia, los hospitales de la Roquette, de San Julian, de San Cervasio, de Santa Catalina, de Nuestra Señora de la Caridad, de San Luis, etc., todos están servidos por religiosas hospitalarias. A esto se deben añadir las monjas que hacen en diferentes cuarteles las monjas llamadas *Sœurs grises*, ó hermanas de la caridad, las de Santo Tomas de Villanueva, las Miramionnas, etc. Lo mismo sucede á proporción en las demás ciudades del reino. Son conocidas las monjas de Ruan, llamadas *Hijas de Dios*, las de Orleans, las de Cambrai, las hospitalarias del Espíritu Santo, de la Caridad de Nuestra Señora, de San Juan de Jerusalem, de la Merced, de San Agustín, de San José, de San Carlos, de Santa Marta, las hermanas negras, las de la Faïlle y de la Celle ó

Celda, etc. Quisiéramos no omitir ninguna de estas congregaciones, porque son otros tantos trofeos erigidos en honor de la religion católica cristiana. No necesitamos de otro signo para distinguir los verdaderos discípulos de Jesucristo de los que toman falsamente este nombre. «Se conocerá, dice, que sois mis discípulos, si os amais los unos á los otros.» *Evang. de san Juan*, xii, 35. Para darnos á conocer en qué consiste el amor del prójimo, propone la parábola del Samaritano, que se compadece del infeliz herido que pasaba de Jerusalem á Jericó, le cuida, le toma por su cuenta, y le proporciona todo género de auxilios. *Evangelio de san Lucas*, x, 33.

Entre las hospitalarias, unas hacen votos solemnes, otras votos simples, muchas las hacen solo por un año, y las hay que no hacen ninguno. Los servicios que prestan son los mismos en todas partes, aunque con diferentes hábitos y reglas, y por un régimen muy variado. Los protestantes, en el hecho de condenar con la mayor imprudencia el celibato y votos monásticos, sofocaron el celo caritativo de ambos sexos que se consagran al servicio de los desgraciados: los casados tienen otras obligaciones que cumplir; se ocupan, dice San Pablo, de las cosas del mundo, y de agradarse el uno al otro; pero los célibes y las vírgenes se ocupan solo de Dios y de su santificación, 1.º *Epist. á los Corint.*, vii, 37. Saben que uno de los medios mas seguros de santificarse es el consagrarse al servicio de sus hermanos.

Hospitalarios. Nombre general de los religiosos que se consagran al servicio de los pobres, de los enfermos, de los peregrinos, etc. Tambien es el nombre particular de una congregacion que estableció en Italia para este objeto el papa Inocencio III: estos religiosos llevan hábito negro como los sacerdotes, con una cruz blanca en lo interior, y otra sobre el manto ó capa. Hay tambien muchos hospitalarios de otras órdenes, ó congregaciones de estos hombres útiles, como los hermanos de la caridad, ó religiosos de San Juan de Dios, los célticos, los céltigos regulares que sirven á los enfermos, los frailes mínimos enfermeros, ó obregones, los betemitas, etc. De los mas de ellos hablaremos en su artículo particular.

Muchos religiosos fueron hospitalarios en su origen, y despues dejaron de serlo, como los canónigos regulares de San Antonio de Vieno, y los del Espíritu Santo: hace poco que estos dos institutos fueron suprimidos en Francia. Los caballeros de Malta, que constituyen hoy una orden militar, fueron en su

origen una congregacion de hospitalarios, y se llamaban *religiosos hospitalarios de San Juan de Jerusalem*: por consiguiente, aun aquellas órdenes religiosas que no fueron fundadas para este objeto, pudieran tomar esta ocupacion en caso de necesidad. Generalmente los religiosos se sirven mutuamente de enfermeros cuando los necesitan: la intencion de sus fundadores fué que se consagrasen al servicio del prójimo; y la caridad es la virtud que mas estrechamente se les encarga. Así, en los tiempos mas desgraciados, los monasterios fueron verdaderos hospitales. Las mas de las órdenes de hospitalarios fueron fundadas con motivo de alguna necesidad pública, urgente ó imprevista, en que no podian alcanzar los recursos ordinarios, como un contagio, una enfermedad cruel, como la peste negra, el fuego de San Antonio, etc. Si en el espacio de uno ó dos siglos se multiplicaron estas órdenes, fué porque los tiempos eran muy desgraciados, y se reconoció la importancia de los servicios que prestaban estos héroes de la caridad cristiana.

No nos cansemos de repetirlo: la política, la filosofía y un pretendido celo por la humanidad no hicieron ni harán nunca lo que la religion hace y ha hecho en todos tiempos, en los siglos que llamamos *bárbaros*, aun mas que en los tiempos de ilustracion. Los berberiscos y los mismos salvajes admiran la caridad de los hospitalarios. Los de la Nueva Francia, penetrados de los buenos oficios que experimentaron por parte de los misioneros y de las hospitalarias de Quebec, formaban entre si el proyecto de arrebatar estos religiosos y religiosas, y trasplantarlos á su pais, siendo en esto mejores jueces que nuestros orgullosos filósofos. En los siglos de ignorancia no se disertaba, se hacian cosas buenas que aun subsisten; en el día se hacen especulaciones, se forman proyectos, y el resultado casi siempre se reduce á destruir. ¿Con qué ojos será mirado nuestro siglo por la posteridad?

Hospitalidad. Se da este nombre á la costumbre de recibir y dar posada á los extranjeros por motivo de caridad. Algunos censores, poco instruidos de las costumbres de los pueblos, se quejan de que la hospitalidad no se ejerce en el día como en otros tiempos: es extraño, dicen, que esta virtud no subsista ya en el cristianismo, que tan estrechamente encarga la caridad: elevan hasta las nubes la generosidad de los antiguos en este punto y la de algunos pueblos, á quienes injustamente tenemos por bárbaros, pues que tienen mas humanidad que nos-

«ros. Haremos algunas observaciones que demostrarán la injusticia de esta censura.

1. Los antiguos eran mas sedentarios que nosotros, puesto que viajaban mucho menos: entonces los pueblos vivían aislados, casi siempre en enemistad y en guerra con sus vecinos, y casi no conocían el comercio: no había entonces caminos frecuentados ni casas de posada para albergarse los pasajeros: aun entre los romanos, los carruajes públicos no estaban destinados mas que para los que viajaban por orden y en servicio del soberano. Por lo mismo no estaban en situación que los comprometiese á recibir muchos pasajeros, ni á ejercer con frecuencia la *hospitalidad*. Si entonces no la hubiesen practicado, todo extranjero se hubiera visto en peligro de perecer de hambre; por consiguiente la *hospitalidad* era entonces una obra buena absolutamente necesaria.

No sucede así en el día: por pocas riquezas que tenga un hombre, puede viajar casi tan cómodamente como si estuviera en su casa. Los árabes y otros pueblos errantes ejercen la *hospitalidad* como en lo antiguo, porque subsiste entre ellos la misma dificultad que antes para los pasajeros. No nos apartamos de que se les alabe por el ejercicio de esta virtud; pero nunca será justo valerse de ella para deprimir nuestras costumbres.

2. Es falso que en el cristianismo no se ejerza la *hospitalidad*: los apóstoles la recomendaron á los eclesiásticos y á los simples fieles: 1.ª *Epíst. á Timot.*, iii, 2; *Epíst. á Tit.*, i, 8; *Epíst. á los hebreos*, xii, 2; 1.ª *Epíst. de S. Pedro*, iv, 9, etc.: nunca se olvidaron estas lecciones.

Dejando aparte los hospicios ú hospitales fundados en muchos pueblos para los pobres pasajeros, ó para los que caen de improviso en absoluta indigencia, en los lugares separados de las carreteras ó caminos reales donde es difícil encontrar albergue, no hay cura ninguno que no cumpla este deber, ejerciendo la *hospitalidad* con todo pasajero honrado. Lo mismo sucede en los monasterios de lugares despoblados, de los cuales muchos están especialmente encargados de la *hospitalidad* por sus propios fundadores; no hay viajero, siendo persona honrada ó conocida y que pueda responder de sus acciones, que no halle una buena acogida y todo género de auxilios que necesite con mas facilidad que en los pueblos antiguos. En las provincias mas pobres ejercen la *hospitalidad* en cuanto puede el pueblo sencillo, á pesar de su indigencia. Si se conociesen me-

por las costumbres y el carácter de las gentes de aldea, se formaría mejor concepto del que de ellas suele formarse; en una palabra, la caridad reina mas ó menos en todas partes donde hay cristianismo. Los que habitan en las ciudades no conocen mas que sus costumbres, y juzgan de las del resto del mundo por las de sus convecinados.

Hostia. Víctima, lo que se ofrece en sacrificio. Esta palabra, derivada de *hostis*, enemigo, nos recuerda la barbarie de las costumbres antiguas, renovándonos la memoria de que antiguamente estaban sujetos á morir violentamente todos los prisioneros de guerra: aun se conserva esta práctica entre los salvajes.

Respecto á los sacrificios para desarmar la cólera divina, y las víctimas de propiciación que se llamaban *hostias expiatorias*, algunos censores dicen que este medio cómodo de tranquilizar la conciencia se introdujo bajo toda especie de formas en las mas de las religiones. Es indispensable que acepten el cristianismo, porque nos enseña que el único medio de alcanzar el perdón de los pecados y de tranquilizar la conciencia es un sincero arrepentimiento. En esto no solo se incluye el dolor y la confesión de los pecados, sino también la reparación del daño que se hizo siendo reparable.

No tratamos de saber cómo pensaron acerca de esto, ni de lo que hicieron los sectarios del paganismo; solo aseguramos que los adoradores del verdadero Dios, los patriarcas y los judíos nunca creyeron que una víctima ofrecida á Dios sin el dolor de haber pecado, sin la voluntad de reparar el mal y de corregirse, fuese un medio de calmar la Justicia divina y de tranquilizar la propia conciencia. Si los judíos estuvieron en este error, non fué por no estar avisados de lo contrario. Dios les declaró por sus profetas que no le agradan sus víctimas, sus ayunos, ni sus homenajes cuando tienen el corazón pervertido. Les manda que purifiquen sus almas, abandonando el crimen; que ejerzan la justicia y la caridad con los pobres, con los oprimidos, con las viudas y los niños abandonados; que sean mas humanos con sus deudores y sus esclavos, y que alivien á los afligidos, etc.: entonces promete perdonarles sus pecados. *Isaías*, i, 11 y siguientes; *lviii*, 3 y siguientes; *lix*, 2, etc.

De aquí no se sigue que una hostia, una víctima ó un sacrificio de propiciación fuesen inútiles. El que le ofrece se juzga que dice á Dios: « Señor, yo he merecido la muerte por mis pecados, así lo aseguro poniendo en

mi lugar esta víctima: dignaos aceptar este testimonio público de mi falta y de perdonarme: » esto no es una vana ceremonia.

HOSTIA. En el cristianismo se da también este nombre á la Persona del Verbo encarnado, que se ofrece á sí mismo en sacrificio á su eterno Padre sobre la cruz por los pecados de los hombres. No se deja inferir de aquí que el pecador está dispensado de satisfacer por sí mismo á la Justicia divina; al contrario, de la misma redención deducen los apóstoles la necesidad de evitar el pecado y de hacer buenas obras. « Jesucristo, dicen á los fieles, padeció por vosotros, dándonos ejemplos para que siguiéscis sus pisadas... Tomó sobre sí nuestros pecados sobre la cruz, para que miramos al pecado y vivamos para la virtud. » 1.ª *Epíst. de S. Pedro*, ii, 21 y 24; *Epíst. á los Rom.*, vi, 11, etc. Pero nuestras satisfacciones y nuestras buenas obras ningun valor pueden tener sino en virtud de los méritos de Jesucristo; tal es la doctrina de los cristianos.

HOSTIA. También se da este nombre al cuerpo y sangre de Jesucristo, contenidos bajo las especies de pan y vino en la Eucaristía, porque se ofrecen á Dios como una víctima en el santo sacrificio de la misa, ó mas bien, Jesucristo mismo es quien continúa ofreciéndose á su eterno Padre por mano de los sacerdotes, ejerciendo así sobre los altares su sacerdocio eterno. Después de la consagración, el sacerdote eleva la hostia y el cáliz, para que el pueblo adore á Jesucristo presente en el sacramento. *V. Misa.*

Por eso se llama hostia el pan destinado á la consagración. Las hostias que sirven para la misa son regularmente mas grandes que las que se reservan para la comunión de los fieles.

Bingham, que no pierde ninguna ocasión de acusar á la Iglesia romana, dice que estas hostias no son pan usual, y que el uso de ellas es muy reciente. Piensa, como los griegos, que es mejor servirse de pan fermentado, que de pan azímido. *Orig. ecles.*, t. 6, l. 15, c. 2, § 3. Sin embargo, nos parece que la harina de trigo, hecha una masa por la mezcla con el agua y cocida al fuego, es verdadero pan, y que la figura es indiferente: que los panes sean largos ó redondos, chatos ó en bola, gruesos ó delgados, siempre son pan usual y verdadero. *V. Azímo.*

S. Pablo toma el nombre de hostia en un sentido figurado, cuando en la *Epístola á los hebreos*, xii, 15, dice: « Ofrecemos á Dios, por Jesucristo, una hostia continua de alabanzas.... Acordaos de ejercer la caridad, y

de distribuir á los demás una parte de vuestros bienes, porque con semejantes hostias hacemos á Dios propicio. » No se sigue de aquí que cuando Jesucristo, bien sea muriendo sobre la cruz, bien ofreciéndose en los altares, se llama hostia ó víctima, se toma la palabra *hostia* en este sentido figurado como pretenden los socinianos y protestantes. Según S. Pablo, Jesucristo se substituyó á las hostias y sacrificios de la ley antigua, ofreciéndose é inmolándose él mismo: él es el sacrificador, el pontífice, el sacerdote y la víctima en toda la extensión de la palabra. *Epíst. á los hebreos*, c. 7, 9 y 10, etc. *V. Sacrificio.*

HOSTIA PACIFICA. Así se llamaban en la ley antigua los sacrificios que se ofrecían á Dios en acción de gracias por algun beneficio, ó para pedirle nuevas gracias. La víctima se dividía en tres partes: la una se consumía por el fuego sobre el altar, otra pertenecía á los sacerdotes, y la tercera la comían los que la habían ofrecido; en lugar de que en la doctrina de expiación todo se consumía por el fuego, ó por los sacerdotes, sin que nada se reservase para el que los ofrecía. *Levit.*, iii, 7, etc. Moisés ofreció *hostias pacíficas* luego que Dios dió la ley á los israelitas. *Éxod.*, xxiv, 5. Pero este pueblo cometió una enorme profanación, ofreciendo el mismo sacrificio al becerro de oro, xxxii, 6. Esta ofrenda se llamaba también sacrificio eucarístico, cuando servía para dar gracias á Dios por los beneficios recibidos.

Como en el hebreo una misma palabra significa la paz y la prosperidad, muchos comentadores dieron á las *hostias pacíficas* el nombre de sacrificios de prosperidad.

Huérfano. Ya en la antigua ley se había declarado Dios padre y protector de los *huérfanos*; estaba mandado á los judíos que no los abandonasen, que proveyesen á su subsistencia, les dejasen una parte de los frutos de la tierra, y los admitiesen en las comidas de las fiestas y sacrificios. *Deut.*, xiv, 17 y sig.; xvi, 14, etc. Los profetas han repetido á menudo esta lección á los judíos, y los han reprendido por su descuido en ejecutarla. El tesoro de las limosnas guardadas en el templo se destinaba con especialidad para este objeto. *II Macab.*, iii, 40. El apóstol Santiago dice á los fieles que el mejor acto de religión y el mas agradable á Dios es visitar y consolar las viudas y *huérfanos* en sus aflicciones, *Jac.*, i, 27; y con mucho mas motivo cuidar y educar esos niños desgraciados.

Ese espíritu de caridad, carácter principal

del cristianismo, es el que ha hecho establecer una multitud de asilos para recibirlos, y el que da á tantas vírgenes cristianas el valor para servirles de madres, dispensándoles los mismos cuidados que pudiera inspirar la ternura maternal. Solo en la ciudad de París hay tres ó cuatro establecimientos de caridad para educar á los *huérfanos* y expositos: la Piedad, las Cien Niñas, las Huérfanas, etc.

Por mas que los filósofos políticos hicieran disertaciones para probar que la humanidad y el celo del bien público exigen esos cuidados; por mas que propusieran salarios y recompensas, nada adelantarían si la religión no los ofreciese mas sólidos. Jesucristo ha dicho: « Consideraré como hecho á mí mismo lo que se haga al menor de mis hermanos, » *Mat. xxv, 40*; estas cortas palabras han hecho practicar mayor número de buenas obras que todas las que pudieran pagar las riquezas de una nación. Aun cuando nuestra religión no tuviera otra recomendación que el cuidado con que vela por la conservación de los hombres, bastaba esto para hacerla querer y respetar. V. EXÓSTRÓS.

357. A nombre de la *Flantropía* se encargó la revolución de reemplazar á la caridad cristiana en sus ingeniosos desvelos en favor de los huérfanos, indigentes y desamparados; mas, como todas sus obras, tenía que adolecer esta de las miserias del mal espíritu que la guiaba. Tomáronse por empresa los establecimientos de caridad, denominados de *beneficencia*, y desde entonces se ha visto generalmente que decaía la asistencia de los huérfanos y desvalidos, hasta el extremo de escasearles lo mas preciso para la vida, y lo que en sus enfermedades reclamaba la justicia, la compasión, y hasta lo que demandan los sentimientos naturales. Los facultativos, las medicinas y alimentos, cuantos auxilios pide el respectivo estado de niños huérfanos, de jóvenes recogidas, de ancianos y enfermos de diferentes clases, todo se sujetó al espíritu de la especulación, desde que un gobierno poco previsor echó mano de los fondos que la piedad había depositado para atender religiosamente á los objetos indicados. Así que se ha disminuido considerablemente el número de socorridos en las varias necesidades de la vida, y entre lo que aun subsiste, se nota como principal móvil de todo el sistema de especulación y de utilidades que tanto caracteriza á la sociedad moderna.

No hay que dudarlo; los institutos piadosos, las buenas obras, la caridad, la compasión y la misericordia requieren vivir en la

atmósfera del cristianismo del cual son frutos, si han de desarrollarse en favor de la humanidad que llama en su auxilio á estos sus nativos, poderosos y divinos auxiliares. Luego que se prescinde de la *diminución* de estos socorros, se hacen estériles á impulso de una *secularización* interesada y de una *civilización* terrena, que se paga mas de sus propias adquisiciones que del aumento y conservación de los institutos levantados y sostenidos por la caridad y el celo que la misma inspira.

Hueso. Estaba prohibido á los judíos quebrantar los *huesos* del cordero pascual después de haberle comido. *Exod., xii, 46*. No se advierte al pronto cuál pudiera ser el motivo de tal prohibición, pero S. Juan evangelista, al referir la muerte de Jesucristo, hace notar que no se le rompieron los *huesos* como á los dos ladrones crucificados con él, y recuerda con este motivo la prohibición del *Exodo*: *No quebrantaréis sus huesos*, para hacernos comprender que el sacrificio del cordero pascual era una figura del de Jesucristo inmolato por la redención del mundo.

Los hebreos decían: *sois mi carne y mis huesos*, para decir somos de la misma sangre, somos deudos cercanos; esta expresión parecía aludir á la de Adam, cuando vió la esposa que había sido formada con su propia sustancia: *Esa es la carne de mi carne y los huesos de mis huesos. Gén. ii, 23*.

Los *huesos* significan alguna vez la fuerza del cuerpo. Así, dice el salmista: *Mis huesos están comprimidos, dislocados y quebrantados*, para expresar la pérdida entera de sus fuerzas: con frecuencia significa tambien el interior del hombre y toda su sustancia; cuando Job y David dicen: *Mis huesos están turbados, aterrados, humillados*, es como si dijese: la turbación, el espanto, la humillación, se han apoderado completamente de mí, han penetrado hasta la medula de mis *huesos*. Para expresar la dificultad de deshacerse de las malas costumbres de la juventud, Job dice, *xx, 11*, hablando de un pecador obstinado: *Los vicios de la juventud permanecerán aun en sus huesos, y dormirán con él en el polvo del sepulcro*.

Dios había mandado quebrantar y reducir á polvo los *huesos* de los idólatras y de los impíos, para que nada quedase de ellos después de su muerte; así, *quebrantar los huesos de los pecadores*, significa á veces borrar su memoria. Por el contrario, se dice que Dios conservará, engordará, hará germinar *los huesos de los justos*, es decir, que conservará su memoria haciéndola respetable; es una

alusión á la costumbre de los patriarcas que conservaban por respeto los *huesos* de sus padres, para tener de ellos un recuerdo. José, moribundo en Egipto, ordenó á sus hijos y deudos que conservasen sus *huesos*, y se los llevasen cuando saliesen de Egipto para Palestina. *Gén., l, 45*; y Moisés tuvo mucho cuidado en hacer ejecutar esta última voluntad, *Exod., xii, 19*. San Pablo hace notar la fe de José, que atestiguaba así á sus descendientes que Dios cumpliría las promesas que habia hecho á Abrahán. *Hebr., xi, 22*.

Hugo de S. Víctor. Canónigo regular y prior de la abadía de S. Víctor en París, el cual fué uno de los teólogos mas célebres del siglo XII y murió en el año de 1142: sus obras fueron impresas en Rouen el año de 1648, en tres tomos en folio, y la que de ellas merece mas aprecio es un tratado de los sacramentos. Los autores de la *Historia de la Iglesia galicana* hacen un completo elogio de los talentos y virtudes de este piadoso canónigo, y dan noticia de sus obras en el t. 9, l. 23, año de 1142.

Hugonotes. V. PROTESTANTES.

Huida de las ocasiones del pecado. Una de las precauciones que mas recomiendan á los penitentes los autores ascéticos y directores de las conciencias es huir de las ocasiones que les hayan sido funestas, de sitios, personas, objetos, placeres hacia los cuales hayan tenido desordenada afición. No es este un simple consejo, sino un deber indispensable, sin el cual un pecador no puede linsonjarse de haberse convertido. El corazón no se halla desprendido del pecado cuando tiene apego aun á las causas de sus caídas, y si no depende absolutamente de él dejarlas de querer, es dueño por lo menos de no buscarlas y de alejarse de ellas. Un cristiano que ha experimentado su propia debilidad debe temer hasta el menor peligro; pues hay cosas que, siendo inocentes para otros, no lo son para él. El *Eclesiástico* nos previene en el c. 3, v. 27. Jesucristo nos manda que nos saquemos el ojo y cortemos la mano que nos escandaliza, es decir, que nos induca al pecado. *Mat., v, 29*.

HUIDA DURANTE LA PERSECUCION. Tertuliano, caído en los errores de los montanistas que llevaban al exceso el rigorismo de la moral, ha hecho un tratado expreso para probar que no es permitido huir por evitar la persecución, ni redimirle con dinero. Se comprende que sus pruebas no pueden ser sólidas, y que en esta ocasión siguió demasiado el ardor de su genio, inclinado siempre á los

extremos. Hasta llegó á contradecir expresamente á Jesucristo, que dijo á sus apóstoles: « Cuando os persigan en una ciudad, huid á otra. » *Mat., x, 32*. Y Tertuliano solo opone á esta lección del Salvador malas razones; su sentir, por otra parte, no era el de la Iglesia.

Debemos confesar, sin embargo, que este P. habla especialmente de los ministros de la Iglesia ó de los pastores, cuando sostiene que no es permitido huir, y los pastores serian efectivamente dignos de represión, si huyesen únicamente para sustraerse del peligro, dejando en el á su rebaño: este es el caso en que Jesucristo dice que el buen pastor da su vida por sus ovejas, al paso que el mercenario ó pastor falso huye á la vista del lobo, y deja devorar su rebaño. *Joan., x, 12*.

Pero pueden existir hasta para los pastores ocasiones salvadoras para escaparse. A ellos se dirigan con especialidad los perseguidores; y así que habian desaparecido solían dejar en paz á los simples fieles. Así es que san Policarpo, á instancias de sus ovejas, eludió por algun tiempo las pesquisas de sus perseguidores, y así lo vemos por las actas de su martirio. Durante la persecución de Decio, S. Gregorio Taumaturgo se retiró al desierto para continuar consolando y animando á su rebaño; no fué censurado por esto sino alabado por los demás obispos. S. Cipriano, S. Atanasio y otros han hecho lo mismo.

San Clemente de Alejandría decide, por el contrario, que el que no huye de la persecución, y se opone á ella con temeraria intrepidez, ó va por sí mismo á presentarse á los jueces, se hace cómplice del crimen del que le condena á muerte, y que si trata de irritarle es causa del mal que suceda, como si hubiere azuzado á una fiera. *Strom., l. 4, c. 10*.

Mas este P. no se ha librado de la censura de Barbeyrac; al condenar el rigorismo de Tertuliano, reconviene á S. Clemente por haber fundado la decision contraria en un mal razonamiento, ó al menos, por no haber alegado mas que un motivo indirecto y accesorio, en lugar del principal, á saber, que tenemos la obligación de conservarnos, de evitar la muerte y el dolor, á no vernos llamados á padecer por otra obligación superior y mas patente. *Tratado de la moral de los PP., c. 3, § 42 y sig.*

« No es mas bien ese censor de los PP. el que discurre mal! La cuestion se reduce á saber, si en tiempo de persecucion declarada la obligación de conservarnos no debe ceder á la que nos impone Jesucristo de confesar su sagrado nombre con perjuicio de nuestra vida. No solo nos prohíbe renegar, *Mat.,*